

SERMON

PARA EL LUNES

DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

Los vicios engendran la incredulidad.

Si quis sitit, veniat ad me et bibat.

Si alguno tiene sed, venga á mí y beba.

Joan. cap. VII, v. 37.

Tal es, señores, el llamamiento que nos hace Jesucristo y que es una demostracion palpable del gran amor que nos profesa y de su deseo ardiente de nuestra salvacion. En efecto: su caridad fué la que le hizo abandonar su trono en las alturas, cubrirse con el velo de la humanidad y aparecer en el mundo como uno de nosotros, pues se sujetó á todas las miserias de la vida del hombre, escepto al pecado. Nacido en el corazon del invierno y en un mísero albergue, sufrió como cualquier otra criatura el frio propio de la estacion: huyendo á tierra estraña en brazos de su Madre, para librarse de la persecucion del mas tirano de los reyes,

se resigna á sufrir las incomodidades propias de un largo y penoso viaje. Ora perseguido, ora insultado, tan pronto llamándole embaucador y embustero, como apellidándole hijo de Belzebú, ó bien mágico ó hechicero; los tres años de su predicacion formaron una no interrumpida cadena de contradicciones, de ingratitudes y baldones que no terminaron hasta que hubo sido sacrificado en el leño de lo expiacion, por el odio implacable de sus enemigos, instrumentos de la justicia Divina, que con el sacrificio de Jesus, habia de quedar plenamente satisfecha.

¿Sabeis, por ventura, quién fué quien convirtió el cuerpo de Jesucristo en una viva llaga, á fuerza de tantos azotes y tormentos, y qué materia formó los clavos que le aprisionaran á la cruz? Pues fué el amor: fué la caridad divina que ardia en su corazon en favor del hombre pobre y miserable. ¡Cuánta bondad! ¡Cuánta felicidad para la raza proscripta del pecador del Paraiso! Confieso, mis hermanos, que cuando abro las páginas del Evangelio y leo en ellas los innumerables beneficios que el Salvador dispensara á los hijos de Israel; cuando veo que por todas partes iba haciendo bien, que el necesitado, el afligido, el ciego, el paralítico, y todos los que á él se acercaban, eran abundantemente socorridos, y quedaban sanos de cualquier enfermedad que padeciesen; cuando considero el modo tan admirable, como dió á conocer su Divinidad, entre otros muchos prodigios, con el de la resurreccion de Lázaro; y en suma, cuando estudiando sus discursos, veo que su doctrina y enseñanza es la mas pura, la mas santa, la mas benéfica para la sociedad, que antes carecia de verdaderas leyes morales, que siempre procuraba la paz, que mandaba dar á Dios

lo que es de Dios, y al César lo que le pertenece, no puedo menos de admirar la ceguedad espantosa de aquel pueblo que cerrando sus ojos á los resplandores de la verdad, procuraban su muerte con el mayor empeño, no parando en sus pérfidos proyectos, hasta que hubieron logrado que corriese por el Calvario su deificada sangre.

Mas decidme, mis hermanos, ¿la persecucion del Cristo y su doctrina concluyó con su muerte, ó acaso con el triunfo de la religion, cuando la conversion de Constantino? Si desgraciadamente alguna vez hubiese yo abrigado alguna duda sobre la religion de Jesucristo, hubiérame bastado para desvanecerla, aun si se quiere, mas que la autoridad y elocuente voz de los misioneros, la sola consideracion de sus contínuas persecuciones, á través de las cuales se conserva triunfante, tanto como gloriosa. Cerca de diez y nueve siglos de existencia forman una prueba suficiente, aunque otras mil no pudiéramos presentar de su verdad, divinidad y por consiguiente bondad. No obstante esta verdad, clara á todas luces, hay hoy incredulidad, como la ha habido siempre, y no hablo de la incredulidad de aquellos países, en que puedan haberse borrado las luces que llevaron los obreros evangélicos, y donde la actual generacion no haya tenido la dicha y felicidad de oír resonar la trompeta del Evangelio, que sacó siempre á las mas bárbaras naciones de la sombra de la muerte á la hermosa claridad de la verdad y la vida. Hablo sí de la incredulidad nacida y nutrida en los pueblos y naciones mas cultas, donde impera el catolicismo. Nuevos incrédulos aparecen cada dia, que hacen gala, como dice el Evangelista San Juan, de amar mas las tinieblas que la luz. *Lux*

venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem (1).

Al ver, pues, á esos que se llaman espíritus fuertes, que haciendo alarde de profesar una filosofía pirrónica viven en la mas negra incredulidad, deseamos inquirir la causa que los mueve á obrar de un modo que los hace mas criminales que aquellos fariseos, que presenciando los prodigios del Salvador, lejos de creer en El pedian su muerte: y digo mas criminales, porque para los modernos incrédulos existen las pruebas de la perpetuidad. La causa, pues, de tanto mal existe en los vicios. Quitad los vicios en los cristianos, y por sí misma desaparecerá la incredulidad.

Existe en todos los hombres una sed insaciable de felicidad: todos aspiran á ella, pero guiados por su ciega razon y sus caprichosas pasiones, búscanla muchos por el camino que únicamente conduce á la eterna infelicidad. Por eso Jesucristo que ve esta necesidad, sale al encuentro del hombre, y con breves palabras le señala en el Evangelio de hoy, donde se halla esa felicidad por que anhela; cuál es la fuente verdadera donde puede refrigerar esa sed de dicha que le abrasa. A la Samaritana que le hablaba del Mesías, dijo: *Ego sum qui loquor tecum*. Yo soy el que hablo contigo. A nosotros nos dice como á los fariseos. *Si quis sitit, veniat at me, et bibat*. Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Toda otra fuente que no sea Jesucristo y su doctrina, es sin que lo dudeis, fuente venenosa. El que no cree ya está juzgado.

Ya habreis comprendido mi intento de hablar en este dia de la incredulidad, y para combatirla voy á

(1) Joan. cap. III, v. 19.

reducir el discurso á esta sola proposicion. *Los vicios engendran la incredulidad.* Las pruebas de esta verdad os demostrarán claramente la necesidad de buscar en Jesucristo y su doctrina la felicidad á que necesariamente aspira todo hombre. *Si quis sitit veniat ad me et bibat.*

Para el mejor desempeño de mi oracion, y que ella produzca los mas abundantes frutos, imploremos los auxilios de la divinidad por la intercesion de la Reina de los ángeles, María Santísima, repitiéndole la saluacion angélica. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

Antes de entrar en las pruebas de la proposicion que hemos sentado, creo oportuno haceros conocer la descripcion que hace el apóstol San Pablo de los filósofos gentiles é idólatras. «Los entregó Dios, dice, á un réprobo sentido, para que hiciesen cosas que no convienen: son hombres llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaño, de malignidad, sembradores de discordias, murmuradores, aborrecidos de Dios, soberbios, altivos, necios, inmodestos, desobedientes á sus propios padres, malévolos, sin fé y sin misericordia (1).» Tal es el retrato que el Apóstol hace de aquellos gentiles, que despreciando toda sana enseñanza vivian en las tinieblas de la idolatría. Mas inspirado divinamente veia á través de los siglos una generacion que no obstante haber nacido en el seno de la religion católica,

(1) Ad Rom. cap. I.

habia de corromperse en su entendimiento, y volviendo la espaldas al Cristo Redentor, habia de sacrificar en las aras de ídolos asquerosos, y estos son los incrédulos que en gran número hánse aparecido por la Europa, principalmente desde que el patriarca de la impiedad, Voltaire, empezó á hacer prosélitos y reunir discípulos. Veamos cómo los pinta el inspirado Apóstol: «En los últimos días amenazarán tiempos peligrosos, porque habrá hombres amantes de sí mismos, codiciosos, erguidos, soberbios, blasfemos, ingratos, delincuentes, sin profesar amor á nadie, enemigos de la paz, incontinentes, crueles, sin benignidad, tan traidores como protervos, voluptuosos que preferirán los deleites de su cuerpo al mismo Dios... y en suma, hombres de entendimiento corrompido, hechos réprobos acerca de la fé (1).»

Si, pues, esta es la verdadera pintura de los filósofos incrédulos, debe cesar toda nuestra admiracion al verlos llenos de satánica soberbia, hacer objeto de su irrision y sátira hasta el mismo Dios, menospreciar la autoridad de los sagrados libros, negar á la Iglesia de Jesucristo sus mas nobles prerogativas, perseguir á sus ministros, y empeñarse en destruir su doctrina, en las que enseñando al hombre á vivir sin religion ni leyes, se le guia por el camino de una anarquía religiosa y civil que precisamente le conduce á su ruina. ¿Veria acaso Federico en su fantástica imaginacion, feliz la sociedad dando muerte á la Iglesia de Jesucristo? Ello es que creyendo cercano el dia en que sobre las ruinas del catolicismo se habian de levantar las negras banderas de la impiedad, se felicita por su

(1) II ad Timoth. cap. III.

futuro triunfo, haciendo á Voltaire participante de su alegría y regocijo, invitándole á componer el epitafio para el ilustre difunto.

Vanos fueron en verdad los proyectos de los filósofos del siglo XVIII, como son los del presente y serán necesariamente los de los sucesivos, de destruir la fundacion de Jesucristo, toda vez que los cimientos sobre que se sostiene son fortísimos. Su mismo fundador le ha ofrecido proteccion (1), y será mas fácil que falten los cielos y la tierra que su palabra (2). Es un delirio el querer persuadir que las obras de Dios están sujetas á vaivenes como las obras humanas. Las persecuciones que én todos tiempos hánse suscitado contra la Iglesia, le han producido triunfos visibles, y los ilustres é innumerables mártires que vertieron su sangre en su defensa, forman para ella una preciosa corona.

Empero si nos admira el ver que existan entre nosotros tantos incrédulos; si á cada paso tenemos ocasion de oír lenguas sacrílegas que niegan la religion revelada, ya en su totalidad, ya en alguno de sus dogmas ó puntos principales; si oímos á algunos decir que en el establecimiento del cristianismo, y aun en el valor de los mártires, no hay nada de sobrenatural, y que la propagacion de la religion que nos parece tan admirable, no es mas que un problema; si oímos á otros combatir el Evangelio, diciendo que es producto de los teólogos, y otras mil paradojas que escuso el enumerar; si escuchamos por último esa alternería criminal con que muchos hacen objeto de mofa las cosas mas sagradas, no podemos menos de desear

(1) Luc. cap. XXII, v. 32.

(2) Math. cap. XXIV, v. 35.

saber cuál sea el origen y cuál la causa del desarrollo ó propagacion de esa incredulidad que se advierte desgraciadamente en muchos que hicieron profesion de cristianos. Si deseais saber el origen, yo os lo diré en breves palabras que despues esplicaré: *los vicios engendran la incredulidad*. Ved aquí el origen de un mal canceroso que difícilmente se cura, y que corroe las entrañas de la sociedad. Pulula la incredulidad con aire de triunfo, y busca por todas partes prosélitos. Si es ó no efecto de los vicios, veámoslo demostrado con la mayor claridad. Nace un niño hijo de padres cristianos, por quienes es conducido al templo desde su mas tierna edad, acostumbándose á las prácticas religiosas. De niño le vereis asistir gustoso al santo sacrificio de la Misa y á los demas actos del culto, y en tal modo se aficiona que hasta en su misma casa forma altares, para imitar con inocencia infantil las ceremonias que ve practicar en la Iglesia. Esto, no obstante, sucede á veces, y por fortuna son las menos, que llegando este tierno infantito á la juventud, va perdiendo sus buenas costumbres, y siguiendo las huellas de otros de su edad ya le es indiferente lo que antes arrebatara su atencion, ó tal vez es objeto de su fastidio lo que antes de su mayor veneracion y respeto. Fenómeno es este que no puede menos de llamar la atencion del observador, pero fenómeno fácil de comprender y de esplicar.

El hombre revestido de una naturaleza corrompida es inclinado al mal: el enemigo de Dios y de nuestra salvacion, que como dice mi Gran Padre el Príncipe de los Apóstoles, nos rodea de continuo para conducirnos por el camino de la perdicion, empieza bien temprano su páfida obra con el hombre: el